

LOS ZORROS DE A CORUÑA (FÁBULA-TERROR)

En la oscuridad de la noche, la ventisca de un buen día de invierno y el abastecer de un rifle, una pareja de zorros se escondía en una madriguera. El macho, el cual padecía de un nombre propio que nadie acataba por poco atractivo, Franz, le escribió una carta a su mujer zorra y lo firmó con su sobrenombre.

Le escribió:

“Cariño, en estas paredes de tierra y raíces no puedo evitar no pensar. Mientras que tú cocinas los cuerpos sin vida de los pobres conejos que habitaban esta madriguera, la cual nosotros mismos hemos allanado, mis pensamientos no pueden evadir mi mente de preguntas sin respuesta.

Y me pregunto: ¿Cuántos más inocentes conejos debemos asesinar con nuestras pobres manos para que todo este sufrimiento cese, para sobrevivir un día más? Mientras que esos seres sin pelaje liquidan a nuestros hermanos, nuestra familia, nuestra vida... ¿Somos acaso mejores a ellos? Si estamos haciendo esto por sobrevivir, ¿nos da eso derecho a deshacer tantas familias inocentes? ¿Cuánto más tiempo ha de durar esta desgracia?”

Señor Zorro

Su mujer, quien no podía levantar la voz porque estaba igual de aterrada que su marido a que las paredes de esa madriguera se desplomaran, pues nunca se había refugiado en el árbol más alto, ni en la madriguera más grande, ni tampoco habían asesinado a la familia más numerosa de conejos, temían que los aniquiladores encontraran su escondite, así que optaban siempre por encontrar un lugar sencillo y poco llamativo.

Ese era uno de esos días. La madriguera la habitaban quienes parecían una madre coneja y un hijo conejo, una familia pequeña que probablemente había sido afectada por otra pareja de zorros que buscaban refugio y tuvieron que optar por la violencia, pues ninguna familia de conejos “cuerda” dejaría a unos depredadores quedarse en su casa. Ellos, como la mayoría de los animales en ese bosque, preferirían que los zorros fueran atrapados esa misma noche por los superiores.

La mujer le escribió al Señor Zorro, con mucha pena y tristeza aferrada en su pecho:

“Cielo mío, si mía fuera la decisión, no me habría dignado a adentrarme en ninguna casa que no me pertenece, pero mucho me temo que no tenemos otra opción. Ellos son fuertes, cariño, debemos obedecer y escondernos.”

Esas últimas palabras de su esposa resonaron en la mente del Señor Zorro. ¿Era eso cierto?

Después de su cena, mientras su esposa ya dormía, el Señor Zorro fue capaz de escuchar entre todo el silencio de la noche un disparo que perturbó sus pensamientos. Y mientras él escuchaba en su cabeza las palabras de su esposa, decidió intentar cambiar lo que llevaba tiempo inquietándole.

Se armó de valor y salió en silencio de su cama, sin despertar a su amada esposa, a quien le dio un último beso, por miedo a la posibilidad de que esa noche quizá Franz no la volvería a ver.

Salió de su escondite y corrió hacia los gritos de zorro que podía escuchar y que atormentaban con dolor sus oídos. Allí mismo, de donde venían los gritos, encontró a uno de sus hermanos siendo atado por las patas por uno de los superiores. El Señor Zorro no lo planteó dos veces y, sin advertir la mirada de su amigo que claramente le intentaba gritar que huyera mientras podía, dio un salto hacia el alto ser y mordió lo que parecía una pata con poco pelaje y mucha carne. Rápidamente, la sangre empezó a brotar a borbotones y, cuando el ser soltó a su amigo y el Señor Zorro se alejaba de él, Franz lamentó los años que estuvo evitando hacer ejercicio de pequeño, pues tener unas fuertes patas, un ágil movimiento y una buena capacidad de resistencia le habrían venido muy bien en ese momento.

Lamentablemente, no podía volver al pasado y el Señor Zorro carecía de esas cualidades. El “monstruo” cogió su arma y, mientras el Señor Zorro corría para salvar su vida, le disparó en la espalda, dejándolo inmóvil. Próximamente, le agarró de las patas y se lo llevó a su cabaña.

A la mañana siguiente, todo el mundo preguntaba por el Señor Zorro, pues, como bien decía su esposa, en la noche se encontraba estupendamente y no había entrado nadie en su escondite.

De repente, un hermano zorro se hizo ver de entre las sombras y explicó, lloriqueando, bien por sus heridas o por lo sucedido, lo que pasó esa fatídica noche de invierno.

-El Señor Zorro me ha salvado, se sacrificó por mí cuando mi vida peligraba. Después, el animal se lo llevó hasta su cabaña.

Todo el mundo ya sabía la noticia que se avecinaba: el Señor Zorro no iba a volver esa mañana, ni esa tarde, ni al siguiente día, ni mucho menos a la semana. El Señor Zorro no volvería.

Y mientras la mujer del Señor Zorro sollozaba por su difunto marido, un grupo de zorros jóvenes empezó a murmurar entre la multitud. Después, otro grupo de zorros más adultos se unieron al murmullo y a continuación se unió una familia entera y próximamente todo el mundo estaba hablando. Nadie sabía exactamente de qué hablaba todo el mundo, pero todo zorro pudo escuchar una palabra común en todas las conversaciones: venganza.

Esa misma tarde, todos los zorros del bosque entraron a la casa, la cual consideraban maldita. Y mientras veían dormir a sus cazadores, observaron atrocidades nunca antes vistas. Todo ese sitio estaba decorado de pieles de zorros, de sus pieles, de pieles de sus amigos, familiares, esposos o esposas...

Los zorros, cegados por la sed de venganza y el odio que recorría por sus venas al ver toda esa masacre, se prepararon para atacar a los durmientes mientras estaban indefensos; sin embargo, la mujer del Señor Zorro se subió en silencio a una butaca y dijo:

“Hermanos míos, sé que estamos furiosos por la muerte de nuestros familiares y, sobre todo, por nuestro Señor Zorro. Oh, Franz, si tan sólo él estuviera aquí para decirnos qué hacer.”

Alguien alzó su voz entre la multitud.

“¡Debemos matarlos! ¡Ahora, que están indefensos!”

Los zorros se miraron entre ellos, algunos dudaban, pues no querían seguir matando, pero otros eran conscientes de algo, pues no era lo mismo matar a gente inocente que a los asesinos de tu familia.

La duda creció en la sala, nadie sabía qué hacer con ellos. De repente, el zorro herido que había rescatado el Señor Zorro, llamado Zale, se quedó inmóvil, mientras veía con los ojos llenos de rabia al cazador que le había dejado cojo y que había asesinado a sangre fría a su defensor, sin siquiera pararse a pensar en su familia, que le esperaba en casa pensando en los planes que nunca tendrían al siguiente día.

Cegado por la furia insaciable que le mataba por dentro, Zale pegó un mordisco a la pata buena del aniquilador. Este se despertó, gritó de dolor y, cuando se dio cuenta de la manada de zorros salvaje que se había colado en su casa, sus ojos no pudieron reflejar de mejor manera el miedo, el terror. Sabía lo que había hecho, él sabía por qué esos zorros estaban ahí.

Después del primer mordisco, dado por el valiente Zale, le siguió otro mordisco dado por una cría zorro; no tendría muchos años, pero, sabiendo que había llegado sin compañía hasta la cabaña, Zale inmediatamente entendió por qué le había pegado ese mordisco con tanto odio al cazador y por qué se había acurrucado junto a un par de pelajes de zorro en concreto. Este hombre había asesinado a los padres de Aura, la niña zorro con la capacidad de odiar tanto como a miles de hombres unificados.

Poco a poco más zorros se unieron al ataque y, mientras, el humano gritaba de dolor y pedía por favor a dios que le salvara de esa situación mientras le rogaba por su perdón por todos los pecados que había cometido a lo largo de su vida. La mujer Sr. Zorro se puso a gritar y a sollozar. Ella y más zorros salieron horrorizados de esa casa.

Al final de la noche, nadie sería capaz de saber si en esa cabaña murieron humanos, zorros o zorros y humanos.

“Mezclaremos tu carne y órganos con la de nuestros hermanos para que nadie pueda ser capaz de diferenciar tus tripas de las tuyas y yo, personalmente, me haré cargo de hacerme un abrigo con tu piel”, le susurraba Zale al oído del difunto cuerpo del cazador.

Se dice que, si vas a un bosque al norte de A Coruña, puedes ver una cabaña abandonada completamente bloqueada, pero, si logras por alguna razón entrar, verás que las paredes aún están bañadas del rojo vino de la sangre del cazador, menos en una pared en concreto en donde, difícilmente, se puede leer un nombre algo peculiar: Franz.

Sofía Malvido Esteban (3º C)